

to..." (pág. XXII); "...luego de leer el libro *Poemas de Raúl...*" (pág. XXV); "La terrible y asombrosa historia de Raúl es, si se quiere, la puerta de entrada al conocimiento de una obra fundamental..." (pág. XXVIII).

11. En esta línea pueden rastrearse las referencias a la poesía, los poemas y la participación en la escritura poética. Cf. págs. 34, 36, 38, 45, 47, 48, 51, 58, 61, 63, 65, 68, 84, 87, 95, 98, 99 (*De lo que soy*, que recuerda al famoso *Post scriptum*, de Antonin Artaud, que también alude a la dispersión del yo), 105, 106, 107, 111, 112 y 113. Es fascinante que *Hijos del tiempo* (1989) no presente, con tanta intensidad, estas incrustaciones del quehacer. Ocurre que el poema y lo que dice han llegado a un pacto bastante difícil de superar después. Los dos libros restantes, *Esplendor de la mariposa* (1993) y *El libro de la locura* (póstumo, 2000), aceptan una lectura más testimonial (el yo biográfico) y muy poco poética (el yo entretreído en las palabras).
12. En los versos que he de citar de inmediato corrijo una errata extraña (que el índice repite), salvo que se trate de un guiño poético. El título del poema dice "A Sthendal" y el primer verso evoca al francés: *Enrique Beyle Sthendal* (pág. 86). El seudónimo del autor de *Rojo y negro* es, como se sabe, Stendhal.
13. Cf. la mariposa (págs. 145, 150, 151), el pájaro y su vuelo (págs. 145, 148, 150, 151, 152, 155), el cielo (págs. 152, 155), Dios (págs. 146, 154, 155), el sol (150, 151). En esta antología, Monsiváis recoge once de los catorce poemas.

Libro del puro

Oración del impuro. Obra reunida

Rómulo Bustos Aguirre

Colección de Poesía, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2004, 312 págs.

Pocos poetas pueden darse el lujo de presentar, aún en medio de su carrera, la suma de sus obras reunidas, con el acierto de que en ellas, secuencialmente, hay un claro ritmo evolutivo que implica el ascenso del incipiente hacia la madurez que hoy, a sus cincuenta años, ya tiene merecida el poeta de Cartagena Rómulo Bustos. Es un lujo porque en nuestro tiempo el fenómeno de la edad es totalmente contrario al ocurrido en

la época campante del romanticismo: hoy no son los espíritus de irreverencia juvenil quienes producen las mejores obras, ni quienes acumulan obras en tal número y calidad, sino aquellos que, asumiendo la paciencia y la conciencia exigida por oficio, han madurado sus creaciones con beneficio de inventario. Inventario que merece, en el caso de nuestro poeta, un reconocimiento por sus singularidades estéticas y aportes a una poesía (la colombiana) que pareciera descuidar que ella es también producto de un ejercicio tan emotivo como reflexivo y no como ocurre en la mayoría de nuestras voces, que se contentan y conforman con sus desahogos líricos y ennoblecimientos costumbristas. En el caso de Rómulo Bustos, dicha emoción se manifiesta en la actitud típica, o mejor, tradicionalista de la poesía como es volver a la infancia y a los hechos, que, por anecdóticos que hayan sido, sobreviven por su carga de asombro; y la reflexión, que en él, curiosamente, antes que formar parte del mundo del pensamiento filosófico (su recurrente angustia existencial y afán ontológico), está inclinada a favor de un pensamiento lingüístico, casi despreciado hoy por los escritores creadores y dejado en las manos no tan santas de lingüistas y/o académicos.



En efecto, en un proceso de metamorfosis, que va de la expresión lírica a la expresión racionalista (por lúdica que esta expresión sea), el libro *Oración del impuro* (publicado en la Colección de poesía de la Universidad Nacional de Colombia) delata cómo el poeta, primero quiso

decir y cantar su universo —partiendo de los más elementales y seguros referentes emotivos, como son el amor a la madre, al paisaje... y hasta la presencia de Dios— con la ansiedad del joven que quiere y necesita abarcarlo todo; y cómo luego torna su interés hacia la palabra y su sistema de complejidades comunicativas.

De su aspecto lírico podríamos decir que Rómulo ha desarrollado en su lenguaje, y por fortuna, una concentración espiritual que no ennoblece al mundo desde los elogios que como paisajes o realidades naturales suscita, sino que lo hace, por el contrario, asumiendo una postura mística y casi religiosa que privilegia la esencia antes que la materia. No en vano, la presencia de Dios, el deleite por lo sagrado que hay en el misterio de la palabra, y el canto sin entonaciones de la oralidad folclórica, buscan la divinidad de lo oscuro, la oración que redime, la expresión precisa y la música de explícita espiritualidad. Y están aquí presentes en una persistencia que nos puede hacer pensar en cómo el poeta quisiera envolvernos con su aureola de espiritualidades. De hecho, no hay referencia, alusión, evocación y/o exaltación de nada, que no sea comunicada sino a través de sus subjetividades. El libro constituye así una sarta de textos que, como un rosario, coloca al lector en un acto de introspección confesional y redentora (yo diría, para usar el título de uno de sus libros, en un acto *Sacrificial*), que en el caso de Rómulo, así lo hemos venido diciendo, no es distinto de la práctica de ejercicios espirituales. Cada poema suyo es un canto bíblico, una oración incluso hasta para referir lo exterior, la realidad y su expresión natural de mundana y secular. Para ello Rómulo echa mano de los reconocidos moldes de las escrituras sagradas, e incluso de los más elementales, como son aquellos que refiere el Génesis:

1. *Crónica del Árbol del Agua*
Un día

Dios sembró un árbol de agua
para que

[lloviera

Y vio Dios que era buena la

[tierra del cielo

cado en el lomo de la cordillera, con sus calles extraviadas en la niebla, por donde pasa la carretera que lleva a La Pintada, al río Cauca, y luego a Cali y al mar... Desde Caramanta se ven los Farallones del Citará, con sus tormentas eléctricas que en las noches alumbran el ámbito encajonado de las montañas a cada instante, haciendo estremecer todas las cosas. Detrás de los Farallones están las selvas del Chocó, y más allá está también el mar... Tal vez porque de niño este poeta percibió desde las cumbres la posibilidad de un mundo más allá, su poesía siempre ha recurrido al viaje como un destino, como una forma de ser y de estar en el mundo. Eso, y el amor a su padre y su oficio, que fue el de trasegar por esas carreteras que se abren paso peligrosamente por entre ese paisaje de abismos de cordillera que es con tanta frecuencia el nuestro, el primer libro de Quintero se llamó *De viaje*, y lo publicó la colección Simón y Lola Guberek. Posteriormente la Editorial Magisterio publicó *Hay que cantar*, su segundo libro de poemas. Siempre su voz ha sido una voz resuelta, que ha hablado en el mismo tono, y que encuentra lo suyo entre las cosas nimias y cotidianas. Por supuesto que su oído se ha ido afinando, y que hay una mayor soltura en la melodía en estos últimos poemas, pero su interés principal no ha sido una búsqueda a través de distintos caminos. No. Lo de él son canciones —pues ese tono de cosas nombradas en medio de viajes en la noche de la carretera está emparentado con lo mejor de la canción popular— elevadas casi como plegarias. No gratuitamente, el primer poema del libro se llama *Canción del chofer en el parabrisas*, y más adelante, en la página 73, nos encontramos con *Oración del chofer*. Pero es básicamente el paisaje, el hombre en el paisaje, el viajero en el paisaje, el protagonista de este libro. El paisaje como descripción, como estado de ánimo y, sobre todo, como reflexión. Y es en ese sentido que este libro pertenece a una tradición nada desdeñable en la poesía colombiana. Desde Juan de Castellanos y su

pormenorizado inventario en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, pasando por Aurelio Arturo, Álvaro Mutis y otros más, hasta llegar a José Manuel Arango, de quien es fácil reconocer ciertos cortes, ciertos giros deliberados. Se inscribe, pues, Quintero en esa tradición que tanto ha dado a nuestras letras. Con cuánta morosidad y agudeza nos habla del derrumbe, de los hombres que orinan contra las llantas de un bus en la madrugada, del Alto de las Ánimas, del río Samaná, del montallantas, de los ciclistas que vuelan sobre la carretera con los brazos sueltos del manubrio, del mar no visto, de tantas cosas de las que el viajero es compañero permanente... Y también de la fruta que alguien pela en el trayecto nocturno y que impregna con su aroma todo el bus, del que en el viaje vislumbra un petirrojo entre el follaje, o de quien ve a la vendedora de frutas en el puente del río, pero asimismo de los muertos esparcidos en el pavimento, como recordándonos que toda travesía es riesgosa. Para quienes hemos recorrido esos mismos parajes, es revisitarlos acompañados por una nueva e incitante mirada; para quien no los conozca; es tal vez adentrarse en una aventura que va más allá de la geografía.



Repito que hay que celebrar esta colección de la Universidad Nacional, y que hay que hacerlo muy especialmente con este bello libro de Robinson Quintero, pues en sus sutiles reflexiones, en sus observaciones dichas como canciones cantadas cavando en la niebla de una carrete-

ra, está cifrada gran parte de nuestra esencia como hombres que nos sabemos hijos de un paisaje.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

La creación de un objeto desconocido

Voces de Baguí

Alberto Vélez

Ediciones Mariposa Verde, Manizales,
2004, 60 págs.

Provistos de una influencia oriental en su confección, los poemas de *Voces de Baguí* encierran una gran profundidad en pocas palabras. Nos permiten conocer una parte del mundo a veces invisible: lo cotidiano, lo simple, lo sencillo, el paisaje, la palabra, la oración, la curiosidad, la vida resistente, el olvido, el peligro, el recuerdo extraviado, el sonido, la invasión, la trampa, la historia de la muerte, el sueño, la pesadilla, los ritos, la máscara, los héroes, el destino del río, la presencia de los cadáveres, el libro sagrado, la aventura, la guerra, la huella de Dios, el lenguaje, el silencio, el amor, el designio.

De naturaleza altamente poética, están colmados de sensibilidad, asombro y elocuencia. Su lección es la brevedad, donde lo más importante es lo que se sugiere. Como requieren el manejo de la alusión, de la sensación, los presentes poemas nombran al mundo y provocan asociaciones íntimas con el lector, exaltación de los pequeños dramas que ocurren en nuestro interior y exterior.

El mérito del libro es alejarse de la superficialidad de ciertas composiciones breves que pululan en el ámbito colombiano. Ve la necesidad de profundizar en la relación del hombre con el mundo, con el convencimiento de que la poesía,